EL HOMBRE QUE HABITA EN MI CORAZÓN

María José Martín Pinto

El Hombre que Habita en mi Corazón

María José Martín Pinto

avant
editorial

Primera edición, mayo de 2022
© María José Martín Pinto 2022

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-19197-49-8
IBIC: FRD

A ti, Pepe, mi regalo, el rey de mi corazón

Porque el amor no se compra, no se vende,
no se impone, ni puede ser evitado.
El amor sucede.

Jorge Amado

La doctora Ríos salió corriendo tras el taxi en el que Bárbara se alejaba agitando los brazos con el cuaderno verde en la mano. Lo había visto sobre la mesa al mirar involuntariamente hacia el interior de la habitación que ella acababa de desalojar, hacía una media hora escasa. El tiempo suficiente para firmar el alta y recoger el informe que la doctora había dejado en la recepción para ella. Dudaba que fuese a necesitarlo en el futuro, o al menos, es lo que deseaba.

Aquella mujer la había cautivado casi desde el primer instante. Tras su apariencia fuerte, había descubierto a una persona tierna y herida, agazapada tras múltiples barreras que había ido levantando para protegerse de la vida, de las desilusiones y el vacío.

En un primer momento le había parecido una paciente más. Y así era, pero no había sido tanto su historia la que le había llamado la atención, como su forma de contarla.

Los primeros días, Bárbara no hablaba. Se pasaban la sesión en silencio, una frente a la otra. Respondía cortésmente a las preguntas sobre la habitación, el desayuno y los efectos de la medicación, pero la doctora Ríos no lograba sacarle una palabra sobre sus sentimientos o lo que le pasaba por la cabeza. Aun así, acudía puntualmente a cada nueva sesión.

Fue tras una de aquellas interminables sesiones de silencio cuando a la doctora se le ocurrió regalarle el cuaderno. Por su experiencia sabía que a los pacientes solía ayudarles escribir. Quizá fuese la mejor manera de romper aquella resistencia, de ayudarla a ordenar ideas y pensamientos, o al menos, a darles presencia, consistencia real, al convertirlos en palabras escritas sobre un papel. Cualquier cosa le valía a la doctora Ríos con tal de quebrar aquel silencio impenetrable.

Bárbara se lo había agradecido con una sonrisa tras dudar un instante con la mano extendida antes de atreverse a cogerlo. Le había preguntado si era de rayas. Le gustaban los cuadernos de rayas. Después quiso saber qué pretendía la doctora Ríos que escribiese en aquel cuaderno. Imaginaba que formaría parte de la terapia.

A la doctora le daba igual lo que escribiese. Solo quería desencallar la memoria de aquella mujer, ayudarla a salir de aquel *impasse* para que lograse tirar del ovillo de sus sentimientos y deshacer así los nudos que presentía en su corazón. Le sugirió que llevase una especie de diario, que anotase cualquier cosa que se le viniera a la mente y que le contara después lo que quisiera, cuando estuviera preparada.

Bárbara se levantó despacio cuando se terminó su tiempo y se despidió con un leve gesto de la mano y el amago de una sonrisa. Cuando llegó a la habitación, dejó el cuaderno sobre la mesa y no lo tocó hasta pasados varios días.

29 de marzo de 2021

Me han encerrado aquí. Dicen que soy un peligro para mí misma y esta es la mejor solución con la que han dado. No recuerdo lo sucedido con claridad, pero sí recuerdo haber visto a mi hermana llorar y no sé muy bien por qué. Supongo que tendría miedo o que se puso nerviosa por algo.

Antes de eso, sí recuerdo un dolor que me taladraba el alma y se hacía insoportable por momentos. Y haber leído a Octavio Paz y a Francesco Alberoni, hablando del amor y del desamor, buscando explicaciones, procurando entender. Ahora no recuerdo si las encontré o no. Supongo que no fue así. Creo que lo recordaría. He comprendido que la mente es muy frágil y puede quebrarse fácilmente.

Llevo aquí una semana y me han reducido un poco la medicación. Por eso empiezo a recordar algunas cosas. Hasta ahora vivía en una bruma blanca y densa que lo invadía todo y no me dejaba ver más allá.

Recuerdo a jirones algunos detalles deslavazados, pero no consigo unirlos para darles forma y sentido. El coche, la carretera con el asfalto ardiente y los árboles junto al puente. También sonó un claxon varias veces y el mar al fondo, allí abajo, quieto, reluciente, azul. La paz del agua en calma.

Detuve el coche en el arcén y me bajé. Quería mirar el mar. Dejar que mi mirada se perdiera en aquella inmensidad azul. No sé más. Hay un agujero en mi mente por el que se me han escapado esos recuerdos. Alguien vino a perturbar mi paz y me agarró del brazo, tirando de mí hacia atrás para separarme del borde del puente. Yo solo buscaba paz.

30 de marzo de 2021

El mundo ha dejado de existir. Para mí. Porque no me importa. Todo ha dejado de interesarme y me produce curiosidad pensar que, no hace tanto tiempo, muchas cosas me parecían imprescindibles. Ahora nada tiene ningún valor. Y hasta mi cuerpo me parece una carga.

La doctora quiere que escriba. Lo que sea. Pero hace algún tiempo que me quedé sin palabras, sin versos, sin melodías. ¿Se nos pueden agotar las palabras? Nunca se me había ocurrido antes, pero me he dado cuenta de que sí, de que es posible.

Porque las palabras expresan lo que llevamos en el alma, en el corazón, y cuando se quedan vacíos, ya no hay nada que decir. Siempre he detestado las palabras vacías, sin sentido. A lo mejor me he tomado siempre la vida demasiado en serio. Y quizá haya dado excesivo valor a las palabras.

He creído en ellas. Aunque la culpa no es de las palabras, sino de quien las pronuncia. Si las palabras no se sustentan en un sentimiento real, no tienen valor. Lo que equivale a decir que pueden mentirnos y también que nos dejamos engañar.

Ahora detesto las palabras. Las palabras hieren. Bien pensado, a veces hieren cuando descubrimos que no eran ciertas. Cuando nos hemos agarrado a ellas para sobrevivir y después, mucho después, vemos que nos habíamos agarrado al vacío. Palabras huecas.

Para mí las palabras siempre han tenido mucho valor. Me lo enseñó mi abuelo. Él cerraba los tratos con un apretón de manos y una palabra y aquello tenía más valor que cualquier papel. Porque la palabra cuando

se da, es sagrada y es garante de la dignidad de quien la empeña. «Te doy mi palabra», ¿verdad, abuelo? Pero he descubierto que no todos son como tú.

31 de marzo de 2021

No puedo concentrarme ni pensar en qué me ha traído hasta aquí, pero desde ayer, no dejo de acordarme de ti. Tú, que te fuiste hace ya tanto tiempo y, sin embargo, te recuerdo como si te hubiera visto ayer.

Creo que desde que tuve uso de razón estuve enamorada de ti. Sentía fascinación por tus ojos azules y tu estatura. Desde entonces, siempre me han llamado la atención los hombres altos; de hecho, durante casi toda mi vida ha sido una condición indispensable para que alguno pudiera llegar a gustarme. No ha sido hasta bien entrada la madurez cuando he dejado un poco de lado esta exigencia. Cosas de la vida.

Cuando evoco mi infancia, tú eres el personaje principal, sin duda alguna. Siempre vienen a mi mente los recuerdos del césped, tú con la manguera y yo mirándote envidiosa, porque yo quería la manguera, yo quería regar y jugar con el agua, mojarme los pies sin que te dieras cuenta.

El sol achicharrante del verano y el refugio a la sombra de los pinos donde estaba el huertecillo de detrás de la cocina. Nunca he probado un tomate mejor que aquel que me cogiste de la mata, caliente del sol de mediodía, y que cortaste con la navaja allí mismo.

También te veo sentado en una caja a la entrada del garaje, abanicándote con el sombrero, pero siempre con la camiseta de tirantes, aunque fuese agosto y no se pudiera soportar el calor. Porque tú te resfriabas con que te diera un poco el aire. De hecho, era un atrevimiento que te quitaras el sombrero. Tu cabeza, ya casi rala entonces, no soportaba las corrientes y te ponías malo sin remedio.

Y entonces empezaba tu carraspeo y se te ponía la carita triste. Nunca fuiste buen enfermo. Te volvías un niño mimado, ávido de atención y quejumbroso.

1 de abril de 2021

Por alguna razón, siento que tú tienes la culpa de algunas de las desilusiones que me he llevado en la vida, abuelo. Sí, tú. ¡Hay tantas cosas que nunca te dije! No creí que fueras a irte tan pronto. Cuando te vi en el hospital aquella última tarde y mi madre y mi madrina decían que estabas muy malito, yo pensé que estaban equivocadas. Yo te veía mejor, hasta animado. Pero aquella noche te fuiste para siempre.

Querría haber seguido yendo a verte y pasar las tardes contigo en el hospital hasta que pudiéramos llevarte a casa. La última vez que hablamos, estuvimos mirando una revista juntos. ¿Te acuerdas? Te gustó la foto de un bebé en un anuncio de papilla y bromeabas conmigo. Me dijiste: «¿Te imaginas uno así tuyo?». Te habría hecho ilusión conocer a tu bisnieto. Le puse tu nombre. Tenía que ser el tuyo. Porque los nombres nos marcan; yo estoy convencida de eso.

Quería que fuera alto, decidido, guapo y con ganas de fiesta, como tú. En casi todo me salí con la mía, menos en las ganas de fiesta, abuelo. No le gustan los jaleos. A este no habrías podido llevarlo a la feria.

Aquella noche empecé a comprender el significado de la palabra «nunca». Nunca volvería a visitarte, nunca volvería a verte, nunca volveríamos a hablar, ni a reírnos juntos, ni volvería tampoco a sentarme junto a tu butaca mientras te tomabas el vino antes de comer con los taquitos de queso cortados en porciones exactas con la navaja.

¿Sabes que todavía me emociono cuando veo la Concha desde la carretera? Porque ese pico es tuyo. ¡Tantos años viviendo al pie de ese monte! Los primeros años después de tu marcha pensaba que nunca

podría pasar por allí sin echarme a llorar. Ahora lo contemplo con una sonrisa triste, pero ya no lloro. Hasta las lágrimas se agotan, aunque nos invada la melancolía.

El día que te fuiste no me dejaban acercarme a ti. Te costaba respirar. Yo quería abrazarte, besarte, acariciarte las manos, la cara. Cuando volví por la noche, habías empeorado mucho. No podía creérmelo; por la tarde te había visto bien, mejor.

¡Qué duro fue verte así! Te negabas a irte, abuelo. Tu corazón luchó contra tus pulmones durante horas. Te faltaba el aire, pero aquel corazón seguía latiendo, esforzándose por continuar, por seguir con vida. No querías irte. No querías, no. No te abandonaste. Pero se te escapaba la vida, tus pulmones ya no servían para nada, consumidos.

Cuando al fin todo terminó y tu agonía llegó a su fin, todos se retiraron de la cama. Tú ya no lo viste, pero yo sí. Entonces pude acercarme y besarte, abuelo. Me molestó que se alejaran de tu cama, como si ya no fueras tú el que estaba allí. Pero sí lo eras y nunca te has ido. Sigues aquí, conmigo. No estás allí tras la lápida blanca, sino aquí, en mi corazón.

2 de abril de 2021

¿No te gustó lo que escribí ayer? ¿Por eso has venido a verme mientras dormía? ¿Porque dije que tú tenías la culpa de las desilusiones que me he llevado?

Como nunca lograste dejar de fumar y sabías lo mal que te sentaba, con aquella bronquitis crónica que arrastraste desde los veinte años, no querías que yo fumara, pero, aun así, me traías tabaco cuando ibas a comprar. «No fumes, Barbarita», me decías, pero me traías tabaco de todos modos.

Yo tampoco he logrado dejar de fumar. Tengo que confesarte que estoy convencida de que, como me parezco tanto a ti, tampoco yo lo lograré, aunque me haya empeñado varias veces.

Y seguro que también sabías que, de pequeña, era yo la que te quitaba los Celtas que guardabas en la guantera del 600. El tabaco no podía desaparecer así como así. ¿Sabes que me mareaba con aquel tabaco negro que me rajaba por dentro? Hasta tenía que sentarme en el suelo contra la puerta del coche porque me sentía desfallecer. Pero nunca me dijiste nada, abuelo.

El día que me quemé el brazo intentando imitarte con el brasero, tampoco me regañaste. Te lamentaste de lo que me había pasado, pero poco más.

Solo una vez te vi enfadado. Cuando mi primo y yo prendimos fuego a los matojos que había detrás de la casa. Estábamos jugando y los íbamos apagando nada más prenderse, hasta que llegó aquella racha de viento y se nos escapó de las manos. Recuerdo que nos sentaste a cada uno en una silla en el patio, uno frente a la otra. Imagino que querrías que hiciéramos un careo o algo así. Ya entonces demostré lo imbécil

que puedo llegar a ser. Dejé que mi primo me acusara y cargué con las culpas yo solita.

Dijiste que ibas a llamar a mi padre para contárselo y creo que hasta amenazaste con mandarme a mi casa. Pero no lo hiciste. Ni una cosa ni la otra. Como tampoco lo hiciste el día que le quité el freno de mano al coche y tuviste que correr tras él cuesta abajo para que no me despeñara. Solo me explicaste que aquella palanca no se podía tocar porque era peligroso.

Ah, mi padre, que no quería comprarme unos patines. Ni una bicicleta tampoco. Y yo quería una bici, pero no hubo forma de convencerlo. Un día, mientras mi madre fregaba el salón y me obligó a sentarme en mi habitación para que no pisara el suelo, oí un sonido extraño en el pasillo. Mamá había dejado la puerta abierta para que se secara el suelo pronto. Imagino que le costaría mantenernos quietas a las dos y tenía prisa. Recuerdo que estiré el cuello, intentando ver qué era aquello que sonaba.

Al poco, apareció en el salón la rueda de una bicicleta roja. Y al segundo, tu cara sonriente, con tu sombrero puesto. ¡Habías venido a traerme una bici! Creo que me quedé de piedra. Ni siquiera era mi cumpleaños ni el día de Reyes, pero tú habías venido desde Marbella expresamente para traerme la bici que yo tanto quería. Y, además, roja.

Siempre te dio igual si fumaba, si no sacaba buenas notas, si hacía travesuras o si te quitaba el tabaco. Por eso tienes la culpa, abuelo. Porque desde entonces, me he pasado la vida buscando un amor como el tuyo. Sí, abuelo. Un amor incondicional. Alguien que me quisiera como tú, solo por ser yo, sin más, sin necesidad de ser ninguna otra cosa.

3 de abril de 2021

Hoy no tengo sesión con la doctora Ríos. Es sábado. Es lo único que me hace salir de aquí un rato, aparte de las comidas. No me encuentro bien en este sitio, aunque tampoco creo que me sintiera mejor en ningún otro lugar. Mi malestar me seguiría a todas partes. Solo salgo para fumar de cuando en cuando. No me está permitido hacerlo aquí y tampoco me gusta fumar en la habitación. Además, tengo que buscar al enfermero para que me dé fuego. Tampoco estoy autorizada a tener mechero. Ni cintas, cordones ni cinturones.

Piensan que quería tirarme por el puente. Estoy segura. Yo misma no sé qué pretendía. No podía pensar ni razonar. Solo deseaba mirar el mar, contagiarme de aquella calma. Me dejé llevar por un impulso, no era consciente de lo que hacía.

Tampoco lo soy ahora. No he logrado desvelar ese secreto que guarda mi mente. Desde que alguien tiró de mí hacia atrás, se abre un abismo en mi memoria porque no sé cómo llegué hasta aquí ni cuánto tardé en llegar.

No soy la única. Hay una muchacha lánguida, delgadita, con una expresión muy triste, que a veces vaga por el pasillo, siempre con una coleta baja, medio deshecha. Es morena y a veces me parece que tiene la mirada perdida. Ni siquiera me atrevo a mirarla. Me da miedo hablar con ella. No sé si podría soportar escuchar de sus labios una voz que adivino rota, cargada de dolor. El mío me abruma, me pesa, tira de mí hacia abajo.

No quiero ver el dolor de los otros. Ahora no.

Mañana es día de visita, según me han dicho. No sé si tengo fuerzas para ver a nadie.